

bros de animales diversos, abigarrado plumaje y cola de pez diforme; y, al despertar, nos espantamos de haber concebido semejante monstruo, y, considerando la rara, aunque momentánea, turbación de nuestra fantasía, prorrumpimos en una carcajada como la que Horacio esperaba de los Pisones; pero el ilusionario, y mayormente el alucinacionario, en la vigilia ven lo mismo, y no lo toman por engaño de su imaginación, sino por certeza de impresiones reales de los sentidos, y todavía le dan más crédito que el testimonio de éstos merece en absoluto. No sin fundamento puede decirse que las ilusiones y alucinaciones, como la misma locura en general, son ensueños de personas que están despiertas.

Entre todos los fenómenos de la alienación, exceptuadas sus formas pasivas, ninguno más tenaz que las ilusiones y sobre todo las alucinaciones; por manera que de seguro no hay alienista que vuelva de su asombro al considerar cuánto los orates, por más que sean lúcidos, si padecen errores de esta clase, están aferrados á ellos, contra todos los testimonios: de la conciencia, de la evidencia, del sentido común, y no digo de la autoridad humana, pues, por punto general, ésta pesa poco ó nada en el ánimo de tales enfermos, tocante á las especies de su desvarío. Un mediano, un vulgarísimo raciocinio, que haría pronto, espontáneamente y sin el menor esfuerzo el patán más zafio, basta siempre para demostrar la absurdidad de una ilusión ó alucinación; pero ello es que el que la tiene no lo hace; si se lo hacen, no le convence; da la callada por respuesta, ó, en todo caso, al razonamiento del impugnador no opone sino la afirmación neta de la realidad de su misma sensación falsa, cometiendo el paralogismo que llaman los escolásticos petición de principio. En este vicio de argumentación está compendiada la lógica del ilusionario y del alucinacionario en todo lo que concierne á su desorden sensorio.

Un individuo dió, cuatro años há, en la tema de que cierto renombrado profesor de Medicina de Barcelona le molestaba incesantemente con un ruido infernal que hacía por medio de una máquina; y acercóse repetidas veces á él para rogarle y exigirle que le dejara quieto; le importunó, acosó y puso en más de un conflicto, así en privado como en público. Por impulso propio ó consejo ajeno, se ausentó de esta ciudad para estar fuera del alcance del ruido con que su presunto enemigo no le dejaba ni pegar los ojos por la noche, tras la fatiga del indecible ajetreo que el infeliz había llevado entre día; pero las distancias de los lugares que anduvo recorriendo salvólas siempre la implacable máquina; y el ruido le siguió á todas partes, como al cuerpo su sombra. Regresó á Barcelona más molesto é impaciente quizá que antes de su partida; y, volviendo á hostigar al profesor, propasóse á injuriarle y amenazarle hasta que, con intervención de la autoridad judicial, que se hizo indispensable, fué recluso en mi Manicomio, donde continuó, hasta su fallecimiento, oyendo, sin el más corto intervalo, el mismo ruido, acusando á la misma persona, queriendo obligarme á acudir contra ella al gobierno, y enojándose conmigo si probaba á desengañarle ó templar su cólera.

Un marino, natural de Matanzas, de no corto entendimiento y de palabra fácil y pulida, empezó allí á padecer una doble alucinación del oído y del olfato: gente perversa le estaba denostando sin cesar y expeliendo vapores más hediondos que la peor inmundicia. Partió de aquella ciudad para Cádiz, en calidad de tripulante; luego de Cádiz para Manila, en cuya casa de orates tuvo que ser recogido; y, más tarde, de Manila para Barcelona, donde falleció á los dos años, recluso en el Manicomio. Pues bien, en las cuatro ciudades, en los dos hospitales, en las tres travesías, donde quiera, en fin, estaba é iba con él la endiablada gente que con sus palabrotas le ensordecía y con su fetidez le encalabri-

naba. Cuando fué trasladado á la enfermería, parecióme venir á propósito decirle que me alegraba de su mudanza, por entender que en aquel retiro estaría libre de enemigos; pero él repuso, con muestras de gran pesadumbre, que, lejos de ser así, al llegar á la cama, advirtió ya que ellos le habian llevado la delantera, y se despachaban á su gusto todavía con más ahinco y saña. Tiempo perdido el demostrarle la inverosimilitud é imposibilidad material de persecución tan pertinaz y duradera en América, en Asia, en Europa, en la estrechura y aislamiento de los barcos y en el recinto cerrado de los manicomios, por unas mismas personas, que nadie vió jamás, ni él tampoco; pues probaba la verdad del hecho simplemente recalcándose en su explicación, y jurando que de las malas palabras y peor hedentina daban fe sus oídos y narices.

Ilusionarios he visto yo bastantes, y alucinacionarios á centenares, y, por lo mismo, no son para mí una cosa nueva; mas lo que sí me parece hoy tan nuevo como me lo fué el primero de los enajenados de esta clase con quien anduve en discusiones, es, que á ellos de mí y á mí de ellos nos separe tanto una distancia tan corta en la apariencia; que ellos sientan algo que quizás en un momento dado, en un caso fortuito, sienta yo también, y ellos lo crean y yo no, por entender que es sólo impresión fugaz y engañosa de mi sentido, explicable por una causa natural; que yo jamás admita sin discurso, y ellos siempre, el testimonio de los sentidos; que ellos estén mucho más ciertos de la realidad objetiva de sus sensaciones, que de ser puramente subjetivas ó imaginarias lo estoy yo, con toda la certeza á que puede alcanzar el entendimiento humano; que ellos, como yo, nieguen su asenso á lo que implica imposibilidad absoluta, moral, física ó de sentido común, pero den el que yo necesariamente he de negar á sus sensaciones, y lo den con firmeza inquebrantable, por más que incluyan alguna ó algunas de dichas imposibi-

lidades; y, por último, que ellos, con criterio tan recto como el mío, juzguen imposible, bajo cualquiera de los indicados conceptos, la realidad objetiva de sensaciones iguales que muestran tener otros orates, pero disientan de mí, persistiendo en reputar indudable la de las suyas propias, á pesar de la imposibilidad ó imposibilidades que, como aquéllas, envuelven. ¡En tal extremo puede oscurecerse la inteligencia y turbarse la razón del hombre!

La generación de las ilusiones y alucinaciones manifiesta que frecuentemente dan la materia de ellas los ejercicios del espíritu y del cuerpo de quien llega á padecerlas, en lo cual se advierte á la par su semejanza con los sueños; ó parecen nacer del mismo delirio de las vesanias de que son síntomas.— Una señorita, adolescente de manía religiosa, muy intensa y grave, á quien asistí años há, sobresaltábase con mi presencia, pues me tomaba por el espíritu maligno, y, á pesar de los aspavientos que hacía, no apartaba sus ojos de mi frente, en la que decía ver una raya de fuego, que no era sino el surco colorado que dejaba impréso en ella la orilla de la copa de mi sombrero, entonces por demás estrecho.— En la imaginación, agitada largamente por tales ejercicios, como lecturas, estudios, trabajos manuales ú otros análogos, las impresiones que, después de haberlas recibido de ellos, reproduce dicha facultad, primero prevalecen sobre las demás que de lo exterior van viniéndole; luego las acallan; y, avivándose más tarde con la meditación y la consiguiente abstracción del sujeto, acaban por inducirle á tener simples efectos de su memoria por sensaciones positivas y actuales, y casi á no percibir las que, siéndolo en realidad, debieran preponderar sobre las otras.

Las alucinaciones son mucho más frecuentes que las ilusiones. Entre éstas, las hay más de la vista, oído y tacto que del olfato y gusto; pero las alucinaciones del oído sobrexceden á las de todos los demás sentidos,

salvo las de la vista, que ocurren también á menudo.

De vez en cuando ofrece algunas dificultades el decidir si es alucinación ó ilusión una sensación del alienado; y acaso también si son sensaciones ó conceptos los fenómenos de su delirio. Por lo menos, con esta duda me quedé yo, á pesar del empeño que puse en desvanecerla, después de haber visitado á una joven de conducta irreprochable y sin relaciones amorosas, que se imaginaba estar en cinta, así lo declaraba con ingenuidad deplorable, y créalo tan firmemente, que había consultado á su médico, pedido á una comadre su asistencia, y hecho la canastilla. Lo bueno era que, al tiempo de mi visita, el sensorio ó ideal embarazo databa ya de catorce meses.

Son las ilusiones bastante frecuentés en la manía, menos en la monomanía, y raras en la demencia; muy comunes las alucinaciones en la manía, mayormente en la ebriosa; bastante en la monomanía y lipemanía, y poco en la demencia. En ilusiones y sobre todo en alucinaciones internas se resume la manía hipocondriaca.

Lo cuestión asaz debatida de la compatibilidad de las ilusiones y alucinaciones con la cordura ó pleno uso de la razón es de sumo interés, señaladamente en Medicina legal; mas, como no lo tiene para el objeto de este libro, con dejarla apuntada basta.... Pero ¿qué digo? ¿compatibilidad con el pleno uso de la razón? pues á fe que tiro muy corto, cuando no falta quien afirma, que apenas ha habido lumbrera de la humanidad sin humos ó sombras de tales errores de sentido; ó, más claro, que casi todos los hombres célebres, desde Sócrates hasta Napoleón I, tuvieron sus visiones, que les entraron, á cuál por los ojos, á cuál por los oídos, y presumo que á otros por donde ellos solos se supieron; porque no puedo creer que de todas sus cosas esté tan al cabo el que, por sustentar una tesis, imaginada acaso para hacer ruido, les saca á relucir los trapillos de la inteligencia, sentimiento ó índole, sin dejarse olvidados en

el armario los de preocupaciones, antojos y excentricidades; aun bien que no ya los primeros, mas ni los segundos son trapillos sino adherentes graciosos, siquier peregrinos, de la rozagante vestidura del genio.

Con respecto á los demás fenómenos elementales de la locura, me ceñiré á indicar algo sobre los que para mi plan sean indiferentes, y sólo explicaré, aunque en breves palabras, los necesarios para la cabal inteligencia de mis razonamientos, en los puntos que he de tratar en el cuerpo de este libro.

Distínguense ciertos orates por la excitación de un *apetito*; otros, por la falta de todos ellos; pero los más, por el desorden de alguno. De voracidad ocurren menos casos que de repugnancia y resistencia obstinada, y á menudo, por desgracia, invencible, á tomar alimento. Tocante á sensualidad, es incomparablemente mayor en las locas, pues, al paso que apenas se ve un satiriaco \*, en el fondo de las psicopatías \*\*, cualesquiera que sean, de ellas, y casi sin excepción de estado ni edad, siempre, ó poco menos, se descubren apetitos ninfománicos, que de vez en cuando se agitan y hacen rebosar el vaso del delirio, removiéndolo un poso de inverecondia y descoco en que yacen: para que se vea cuánta es la potencia trastornadora de la locura, que en una fealdad tan sórdida y repugnante transforma la más atractiva belleza física y moral de la personalidad humana. La perversión de los apetitos, por la de la sensibilidad externa, toca acaso á un extremo inverosímil: lo que, aprovechando un instante de descuido ó distracción de los asistentes, se bebió la señorita de quien hablé poco hace, no quiero decirlo, porque asquearía al lector de estómago más recio.

Apenas hay locura cuyo período de invasión no se-

\* *Satiriasis*, deseo patológico, violento é insaciable, en el hombre, de la venus; *satiriaco*, que padece satiriasis.

\*\* *Psicopatía*, *psicosis*, sinónimos de enajenación ó enfermedad mental; *psicopático*, perteneciente ó relativo á la psicopatía.

ñalen notables *anomalías del sentimiento*. Sobresale entre ellas la mudanza de carácter; la cual consiste, por lo común, en ensimismamiento, excentricidad, desánimo, desconfianza, antipatía, tedio, tristeza y otras afecciones depresivas por el mismo estilo: signos de dolor moral, de *frenalgia*, como se dice técnicamente, ó sea del estado melancólico que con razón se tiene por fenómeno complejo iniciativo del mayor número de vesanias, y hasta por terminal de no pocas de las que se curan. Sin embargo, otro enteramente opuesto coincide también con el comienzo de algunas, y es la excitación ó agitación, *hiperfrenia*, en las varias formas de energía intelectual extraordinaria, espontaneidad indiscreta, simpatías desconcertadas, confianza imprudente, arranques temerarios, locuacidad y petulancia: estado que ha recibido la denominación tan propia de *alegría loca*.

No suele subsistir la disposición triste ni alegre del espíritu después de desvuelta totalmente la vesania á que pareció abrir la puerta; aunque quizá con más frecuencia conserva la enfermedad el carácter expansivo que el deprimente de su principio, exceptuadas las especies lipemaniaca é hipocóndrica. Pero, puesto ya en el período de estado, ni que sea en el de incremento, el mal, suele perder el enfermo todos sus afectos, hasta los que más hondas raíces habian echado en su corazón; ó despiértanse en él otros, aunque pocos, inmotivados ó extravagantes, que ahora le desasosiegan y conturban inspirándole desvío, enemiga ó rencor; ahora, bien que raras veces, le tranquilizan y alientan. Fuera de esto, el delirio de los afectos es más grave, en general, que el de las ideas.

Por otra parte, la perturbación del sentimiento, precursora de la locura, ó concomitante con ella, ocasiona tal vez fenómenos característicos de una pasión que desentona con el estado, edad, ideas, afectos, inclinaciones y costumbres del sujeto antes de adolecer, como

el amor, que, según se infiere de lo dicho arriba, es muy frecuente en las locas, aunque siempre amancillado de ninfomanía, y, por tanto, espurio ó desnaturalizado, cuando en los locos ocurre pocas veces, y casi exclusivamente bajo la forma simpática y atractiva de *erotomanía*. De amor ideal, limpio de toda concupiscencia, tan puro como generosa suele ser la ambición frenopática; que nace quizás de un concepto erróneo propio ó de un acto ajeno desatinadamente interpretado; que á menudo carece de realidad objetiva; que, si la tiene, contéplala y venérala como á una representación divina; y que se desenvuelve y agita en un mundo fantástico forjado por el delirio; llena el vacío de la ausencia de la persona amada con la presencia de impresiones imaginarias; toma los menosprecios en cuenta de cautelosos disimulos; y echa los desdenes á la buena parte de los favores.

Como yo no acierto á definir la *idea ó concepto delirante*, diré sencillamente, á lo vulgar, que es una percepción, una idea, un concepto falso, que el enfermo estima por más verdadero que los que más verdaderos reputaba antes de enloquecer. Su falsedad es á veces absoluta, como en aquel orate, mencionado por Areteo, que se figuraba ser una redoma; pero casi siempre relativa á la personalidad del sujeto que lo tiene, al elemento moral ó físico, ó al tiempo en que vive.—El fundar grandes proyectos sobre la sólida basa de arcaas repletas de metálico sonante; el juzgarse perito en alguna ciencia ó arte, habiéndolo estudiado con aprovechamiento en buenos autores, son ideas tan sanas en absoluto, como patológicas las de los miserables que, andrajosos y hambrientos, entran en las casas de orates por habérseles metido en la cabeza que no hay negocio que con sus millones no puedan emprender y llevar á feliz remate; como igualmente las no menos extravagantes de los cerrados de mollera, ó que no han aprendido el abecé, y creen pasarse de sabios, y á todo el

mundo piensan hacer aquella obra de misericordia con que se socorre al necesitado de enseñanza. Un pobrete hay en mi Manicomio que, con los escasos cuartos que tal vez recoge mendigando á hurtadas, compra en algún baratillo de libros viejos el que mejor parece á su fantasía, cualquiera que sea la lengua en que esté escrito, pues esto importa poco, dado que este original bibliófilo no sabe leer; y, sin embargo, se ufana de poseerlo, y hasta conjeturo que de corregirlo, pues interpone entre sus letras signos ininteligibles, de dos ó tres formas distintas, que traza con lápiz\*.—Otros ejemplos acabarán de dar á conocer mejor que toda explicación el concepto delirante. Recuerdo haber asistido en mi práctica particular—á un caballero de claro talento, que se figuraba haberse transfigurado en bestia;—á un joven, que decía tener cabeza de caballo;—á una señorita, buena y muy piadosa, que se desesperaba por imaginar que una falta suya, en nada tocante á la honra, era causa de que su madre padecía castigo en el infierno;—á una señora opulenta, que se contemplaba siempre puesta al borde de la indigencia;—y en París, muchos años atrás, tuve que escuchar disertaciones largas de un compatriota de alcances cortos, que había resuelto de todo en todo el problema de la navegación aérea, y, Colón de nuevo cuño, disgustado de que no aceptase su descubrimiento la corte imperial, preparábase para pasar á Londres y ofrecerlo á la Gran Bretaña.—En el Manicomio hay—un individuo, que se juzga perseguido por las sociedades secretas;—otro, que se precia de poder, con un ingenio maravilloso, arrancar de sus estribaciones la cordillera que limita nuestra comarca, transportarla al mar, traer sus aguas á la llanura y llenar la hondonada que en el asiento de las montañas

\* Ahora guarda, como quien no dice nada, *The works of Virgil, translated into english verse by Mr. Dryden*; tomo III, que contiene seis libros (del VII al XII) de la Eneida, impreso en Londres, año 1763.

quedaría; — una mujer, fea y vieja, á quien, si se le da crédito, requieren mis practicantes, no yo, que no soy bien parecido y mozo como ellos; pues hartó saben las locas distinguir y echar el ojo á los galanes; — otra, que se envanece de estar emparentada con la Familia Real de España; — y un humilde cura de aldea, casi diría clérigo de misa y olla, que se imagina ser papa. — Interminable catálogo, si quisiese hacerlo, el de las ideas delirantes que he oído y oigo diariamente: de algunas hablaré cuando vinieren á propósito. Con el sobredicho carácter general de todas ellas se juntan los particulares de ser desatinadas, extravagantes, ridículas, absurdas ó de realización imaginaria ó imposible.

Se han inventado teorías ingeniosas sobre la generación de los conceptos delirantes, pero he de pasarlas por alto, pues para mi objeto no importan, antes me basta dejar sentada la realidad de tales errores del entendimiento. Muchos nacen de alucinaciones; y por cierto tan arduo es el concebir de qué manera se forman éstas, como fácil el comprender que, ya formadas é ingertas en la conciencia, susciten conceptos consonantes con ellas, y á las preexistentes metan por su torcida vereda. Dos locos, entre muchos de mi Manicomio, que sienten pescozones y otros golpes en todo el cuerpo, ¿no es muy natural que á cierra ojos crean que enemigos invisibles les toman por blanco de sus malas burlas? Los conceptos delirantes se engendran, á par que las ilusiones y alucinaciones, en la imaginación, y sin duda esta comunidad de origen arguye la de su desenvolvimiento, con la única diferencia, secundaria para el caso, de pertenecer la causa eficiente de los unos al orden intelectual, y la de las otras al sensorio; aunque en esto el análisis descubre una distinción didáctica más bien que una realidad nosogénica. La que no puede calificarse de pura distinción didáctica, sino de hecho patológico innegable, de mucho valor en punto á diagnóstico y pronóstico, es la de los

conceptos delirantes en *fugaces* ó *transitorios* y *permanentes* ó *fijos*, propios aquéllos de las locuras generales, y éstos de las parciales. También ocurre aquí el caso, de ser más inexplicable el desenvolvimiento de un concepto falso que comprensible el que en el acto sea ya una *idea fija*. Ningún fenómeno psíquico-patológico elemental más tenaz que ésta, si se exceptúa la alucinación y los peculiares de las psicopatías pasivas; ninguna de tanta y tan perniciosa influencia en la parte sana de la mente, á la que poco á poco, según indicado queda, va contaminando, y, con raras excepciones, á la larga desconcierta y anonada; bien así como en el organismo un cuerpo extraño, lisiando la parte en que se ha introducido, llama prontamente á ella una sinergia que la altera, perturba y tal vez mortifica.

Es de observación que los conceptos delirantes, en particular los fijos, concuerdan á menudo con las ideas que más recientemente ha recibido, ó en que se ha reafirmado el que llega á padecerlos, merced á sus trabajos ó estudios, pasatiempos ó vicisitudes, con angustia ó desahogo, recelo ó confianza, dolor ó delectación del espíritu. — Algunos sujetos recuerdo haber visto, de talento é instrucción poco comunes, á quienes la lectura y estudio asiduo de los filósofos modernos más en moda precipitaron en una manía agitada, cuyas ideas delirantes eran vivos reflejos de las más hondas é intrincadas cuestiones de aquella filosofía que hoy trae conmovido el mundo que habitamos, y pone en duda ó rotundamente niega el cielo que nos cobija, y á los que, por fortuna, en él creemos, sobre fortalecernos y consolarnos con inefable esperanza, nos aparta de muchas ocasiones y peligros.— Apenas dominada, tras larga y muy sangrienta batalla, una formidable revuelta en Barcelona, fué conducido á mi Manicomio un infeliz, á quien el estruendo de las armas y los gritos del combate ocasionaron la recidiva de una violenta manía, y que, en el furor de ella, se presentó solo é inerte en

la plaza principal de la ciudad, y, encarándose á las tropas vencedoras, las provocó con airados ademanes y vociferaciones, aclamando los nombres que en la lucha invocaban los que habían sido vencidos, á los cuales por este camino quería abrirles el de su desquite.— Al mismo establecimiento vino, muchos años hace, un tejedor que, por negarse á seguir á sus compañeros en una huelga, hubo de ser maltratado, y contrajo un delirio monomaniaco, cuyos conceptos versaban sobre la fuerza que se le había hecho, los ultrajes que aseguraba habersele inferido, y especialmente sobre el contradictorio proceder de los que, apellidando libertad, coartaban la suya.

A cualquiera se alcanza lo que *exaltación del entendimiento* significa. Desde el alegrón pasajero producido por una leve y momentánea bebería hasta la arrebatada sobreexcitación del furor maniaco median muchos grados de intensidad de aquel fenómeno, que, en general, se distingue por la rapidez con que el orate concibe las ideas y éstas se agolpan á su mente; el calor con que las manifiesta; la locualidad, y hasta cierta elocuencia quizás, que de cuerdo no tenía, y una soltura inusitada en el poner por escrito sus pensamientos: los cuales salen tal vez estrambóticos y descosidos, pero con extremo enérgicos en la idea y nervosos en la dicción, de modo que su desconcierto y violencia remedan los de algunos espasmos clónicos; siendo la expresión de un trastorno profundo, aunque generalmente momentáneo; de algo como si dijéramos *convulsión epiléptica intelectual*.—Varios escritos cortos, á guisa de memoriales, he leído de un loco, sastre de oficio, que parece mojar siempre la pluma en atrabilis, y están ciertamente puestos con insolencia sin ejemplar y deplorable facilidad: una carta guardo, que arroja rayos y centellas, no desde la cruz, porque no la tiene, sino desde el principio hasta el fin, y es una horrible blasfemia y furibunda mal-

dición *al gran Constantino, á todas las testas coronadas, al trono del imperio ruso, á las osamentas de sus catacumbas imperiales, y á la justicia vil de la trinidad continental.*—Ya se deja entender que la exaltación de la inteligencia trasciende siempre á los actos.—Su *depresión* es naturalmente el estado opuesto al descrito; y ella y las lesiones que en ella se incluyen, á saber, *amnesia*, falta ó pérdida, parcial ó total, de la memoria; *disociación ó incoherencia de ideas*, falta de su enlace, coordinación ó conformidad; y *amencia*, aniquilamiento más ó menos parcial, casi nunca total, de la facultad de conocer; caracterizan especies frenopáticas tan distintas de la monomanía, como lo son la idiotez en todas sus formas, la demencia y acaso la lipemanía.

En las vesanias expansivas ó agitantes suele haber *hiperbulia*, energía anormal de la voluntad, antojo, porfía, pertinacia, insistencia invencible en propósitos y conatos; así como en las depresivas, *abulia*, voluntad floja ó nula, pobreza de ánimo, irresolución, apatía y amilanamiento. El *impulso insólito*, fenómeno singular y temeroso, es un estímulo, incitamento ó ímpetu, subitáneo é irresistible, que siente el alienado á ejecutar alguna acción desrazonable de todo punto y comúnmente mala, no sólo contra los demás sino también contra sí mismo, y que ejecuta en el imperceptible instante que en su interior se produce aquel movimiento. Acción desrazonable, digo, porque casi siempre lo es hasta en el concepto de la razón descarriada, y se aparta de la misma lógica vesánica. Arranque de instinto semeja, pero instinto de irracional dañino, y á menudo feroz.—Sin duda, el loco á quien me he acercado en todas ocasiones con más recelo, por no decir miedo, y vigilancia, así en el manicomio particular donde ahora se halla, como antes en su propio domicilio, es un alucinacionario, sosegado y discreto, al parecer, pero taciturno y retraído, que de repente, sin provocación ajena, sin mediar altercado ni él profe-

rir palabra, ni poder adivinarse por la dirección de su mirada la que dará á los puños, descarga sobre el interlocutor ú otra persona, á la que tal vez no conoce, un tremendo golpe, como palo de ciego, ó le arroja el primer objeto que encuentra á mano.— Un recogido de mi Manicomio, cuyo comportamiento no había dado nunca á sospechar intención siniestra, tuvo, en la apariencia de la mayor tranquilidad, el primer impulso insólito, que fué arremeterme, cuchara de palo en mano, y con el cabo de su mango, darme cuantos golpes pudo, que si, como fueron cucharazos, hubiesen sido navajadas, no escribiría yo ahora esta hazaña suya.— Mucho tiempo há que de otro manicomio vino al mío un lipemaniaco, calmoso, pacífico y pusilánime, en quien ver una navaja de afeitar, que algún imprudente de aquel asilo hubo de dejarse olvidada, cogirla y con ella hacerse una mutilación horrible y peligrosísima, fueron tres actos casi simultáneos; y, como para echar el resto de su locura, más de una vez me rogó que con alguna medicina ó procedimiento quirúrgico regenerase las partes amputadas.— Un maniaco, generalmente tranquilo, salió de su casa una mañana, más mohino y ensimismado que de ordinario, y anduvo vagando por varias calles de Barcelona hasta que, al llegar á una plaza muy concurrida, en el momento que pasaba por ella un batallón de infantería, lanzóse de súbito sobre el coronel, y, tirándole de una pierna, le derribó del caballo. Cogido y sujeto, con más miramiento que era de esperar, por algunos oficiales que corrieron en auxilio del jefe, y entregado á la autoridad civil, fué al otro día conducido á mi Manicomio, donde ha manifestado repetidas veces que no sabe darse cuenta de su agresión, que ejecutó sin propósito previo, ni tener ojeriza á la persona á quien ofendió, pues no la conocía; y entiende que sólo le movió á cometer tal desmán el exceso de sufrimiento por una extraordinaria cargazón y ardor que sentía en la cabeza.

Yerran, en mi sentir, los que califican de instintivo el impulso insólito; que no lo es, ni siquiera automático, aunque lo parezca, sino acto de voluntad determinado por un juicio, en virtud de un raciocinio instantáneo al que da margen un concepto delirante, un afecto perturbado y con más frecuencia una alucinación.

Por dicha, los impulsos insólitos del género de los referidos son bastante raros: los más comunes semejan anomalías especiales, ya de la sensibilidad externa, ya de la afectiva, ó de la voluntad, que inducen á cometer acciones menos malas y violentas, y aun inofensivas, pero siempre extravagantes. Hay enajenados que manotean, saltan ó corren sin darse punto de reposo; que charlan, vociferan, chillan ó cantan; que se arañan el rostro ó se golpean desapiadadamente el cuerpo; que tronchan plantas, azuzan ó escaldan gatos; que molestan, irritan ó maltratan á sus compañeros; que rasgan y deshilachan las prendas del vestido y las ropas de la cama; que andan recogiendo y guardan en las faltriqueras retazos, chinas ó inmundicias; que en mitad de la comida tiran de los manteles por un cabo y dan con la vajilla en el suelo, si antes no arrojan algún plato, vaso ó botella á los asistentes; ó que se mojan, que no se lavan la cara, y se embadurnan el pelo con lo que desbeben y descomen; asqueroso vicio que, casi exclusivamente, contraen las locas.

El impulso insólito, maligno ó inofensivo, es la expresión del grado máximo de violencia que el desorden de la sensibilidad corporal, sentimiento ó intelecto puede hacer á la voluntad; de cuya libertad, en el estado fisiológico, da irrecusable testimonio el sentido íntimo, aun de los que la niegan súbrogándola por el *determinismo*—vaya en gracia este advenedizo vocablo,— con el que se quiere significar el fatalismo de las acciones humanas, ó un efecto necesario y casi material de fuerzas orgánicas puestas en juego inmediata ó mediata por otras externas: opinión contraria á la

sana filosofía, repugnante á la razón, y que, como aquellos fatídicos odres mitológicos, encierra dentro de sí los vientos de la borrasca en que naufragarían la dignidad del hombre y la constitución de la sociedad. Nó; que el libre albedrío es un rayo vivísimo de la luz del alma. Con toda la mía, ya que no con la ciencia que el caso requiere, haría por defender esta saludable verdad, si ello no hubiese de desviarme de mi objeto principal, que es aquí repetir y corroborar que, no obstante lo dicho, la libertad del albedrío queda frecuentemente coartada y hasta abolida por la enajenación mental; que su menoscabo ó su aniquilamiento no se manifiesta sólo en el impulso insólito, sino también en otros muchos fenómenos de la actividad frenopática; y que la *fuerza irresistible*, así llamada en el lenguaje médico-psicológico la que al orate subyuga y arrastra á cometer actos insanos y dañinos, expresa un hecho tan verdadero como el mismo principio filosófico de que la voluntad racional es libre. Tampoco cabe duda en que á veces contra dicha fuerza lucha la razón del paciente, sostenida y guiada por una idea lúcida que contrarresta una alucinación, y acaso más por un afecto que se sobrepone á un concepto delirante; y lucha quizá porfiadamente hasta que, flaqueando la sensibilidad moral ó la inteligencia por la energía progresiva de su trastorno, se generaliza éste, y acaba por perturbar todo el sistema psíquico, inclusa por tanto la voluntad: pervertida la cual, comete el loco el acto que día tras día estuvo repugnando. Combate ineficaz; impotencia contra la fuerza que, por su actividad relativa, se apellida irresistible; fenómeno inexplicable y ocasionado, si se admite con criterio ligero en la práctica, sobre todo de la Medicina legal; mas no por esto menos positivo, y necesariamente aceptable, así para el alienista como para el jurisconsulto. Si alguien lo pusiere en duda, pare mientes en que de él da razón, aunque vaga, bastante para que se comprenda en algún modo cómo puede

efectuarse, la *idea* que tal vez en un entendimiento sano *se fija*, y lo desasosiega y lo atormenta; y ora afloja, ora arrecia; ya se va, ya vuelve; y en la vigilia acosa, y ahuyenta el sueño, y mueve pesadilla; y, al despertar, hiere la imaginación primero que la luz los ojos; sin ser parte á alejarla, quizás en largo tiempo, la determinación de la voluntad, sugerida por el raciocinio, que rechaza el importuno concepto por contrario á la evidencia, repulsivo al sentimiento y repugnante á la razón. Como quiera que sea, después de lo dicho no hay por qué añadir que en la falta, pérdida ó decadencia de la libertad del albedrío se fundan la irresponsabilidad criminal y, en alguna parte, la incapacidad civil de los alienados.

Los referidos fenómenos, síntomas ó lesiones elementales de la enajenación se dividen en *sensorios é intelectuales*, según sea la facultad cuyo padecimiento aparentan argüir; pero, en buena doctrina psicológica, es artificial ó arbitraria semejante distinción, porque la sensibilidad, el entendimiento y la voluntad son meros atributos del *yo*, potencias del alma; la cual es tan una, que su actividad sería imposible sin su unidad. Ya la conciencia nos declara que es en nosotros uno mismo el sér que siente, conoce y quiere. La ciencia experimental no podrá negar jamás esta verdad. La alucinación, prototipo de las alteraciones del sensorio, no es producida por las de los órganos, receptor y transmisor, de la impresión; ni está demostrada inconcusamente la del encefálico en que se efectúa la percepción; por manera que, á pesar de la normalidad de todos ellos, ocurre la anomalía de la sensación. Además, que en esta anomalía no intervienen los órganos de los sentidos pruébalo un hecho indudable y concluyente: que locos sordos padecen acaso alucinaciones del oído, y locos ciegos las tienen de la vista. Luego los fenómenos psíquico-patológicos dichos sensorios no son perturbaciones de la facultad de sentir sino de la

imaginación, ó dígase del entendimiento. Artificial y arbitraria es igualmente la distinción de lesiones primitivas ó exclusivas de la voluntad, porque supone en ésta una independencia de que no goza, una acción propia, un ejercicio espontáneo. Reduciendo este punto á los términos más generales y comprensivos, diré que se puede conocer ó pensar y no querer, mas nó querer sin pensar ó conocer, porque repugna á la razón el querer lo que no se conoce ó aquello en que no se piensa; y que al querer preceden necesariamente, por orden inverso del natural, el determinar, el deducir, el juzgar y el conocer. La voluntad obra, pues, á impulso del entendimiento y de conformidad con él; en cuyo sentido han de entenderse los caracteres que en ella se reconocen, de inteligente y libre. Por donde se colige que tampoco hay padecimientos de la voluntad que no lo sean de la inteligencia. Y, presupuesto que lo mismo sucede tocante al sentimiento, pues sería absurdo asentar que en nosotros el que siente es distinto del que conoce, se ha de convenir en que las lesiones y vesanias afectivas, como las sensorias é impulsivas, que, por mero procedimiento nosográfico así se califican, no son en hecho de verdad síntomas ni entidades nosológicas esencialmente diversos, sino manifestaciones de un estado único, de un padecimiento *intelectual*.

Más prolijas consideraciones merece este interesante punto, pero excúsolas por no juzgarlas necesarias para mi plan, y temer que todavía creerá alguien que huelgan aquí las apuntadas.

Ahora bien, las lesiones elementales del sentimiento suelen ocurrir en casi todas las especies psicopáticas; las ideas delirantes fugaces, en la manía y demencia incipiente, por lo común; las fijas, también en estas últimas, pero sobre todo en la monomanía y lipemania; en la monomanía, y señaladamente en la manía, la hiperbulia; los impulsos insólitos, en la locura por

alucinación, más que en otra alguna; la depresión, con amnesia, incoherencia ó amencia, y sin ninguna de las tres, casi exclusivamente en la demencia, en la imbecilidad y en la idiotez, como también la abulia, que, en grado mayor ó menor, no es rara en la lipemanía.

Otros fenómenos hay que, siendo, en rigor, síntomas de la locura, más bien parecen *cualidades especiales* de los locos, y se muestran, ya espontáneamente, por la fuerza intrínseca de la enfermedad, ya como quien dice incitadas por los efectos que ciertas sensaciones externas producen en el ánimo de los enfermos. Son, además de sorprendentes algunas, muy apreciables todas para el diagnóstico en general. De ellas trataré en el cuerpo de este libro oportunamente y con mucho gusto mío; primero, porque contribuyen sobre modo á aquilatar el mérito de la invención de Cervantes; y luego, porque, ó ni siquiera las mencionan, ó sólo las insinúan por incidencia y harto de corrida las obras de Medicina psicológica. Esto me dará ocasión para decir también algo sobre ciertos hábitos y costumbres, ó llámense *genialidades*, de los alienados, así como sobre algunos lances y contrastes que se originan de la comunicación y trato de los cuerdos con ellos: relaciones curiosas para quien, no habiendo puesto nunca el pie en la singular clausura de los orates, ignora lo que pasa en ese apartado mundo, donde, más que acá, corre el temor á par del peligro, y, como acá, el desengaño con el aliento, y la enseñanza con la experiencia dolorosa.

No sólo fenómenos ó síntomas psíquicos tiene la enajenación mental, sino también, á veces, físicos ó *somáticos*, que es el vocablo técnico: modificaciones ó alteraciones de varios sistemas, mayormente del nervioso, circulatorio y muscular; aunque las de este último se derivan de las del primero; y acaso las de todos ellos son secundarias. En frecuencia ninguna se adelanta á la *parálisis del movimiento* y á la de la *sensibilidad*, que en ciertos casos van juntas. Aquélla tiene

caracteres peculiares y exclusivos de la enajenación mental, como es de ver en la especie dicha *parálisis general ó progresiva* de los alienados, y en el postrer período de toda vesania muy crónica, en el que sobreviene á menudo una lesión parcial y leve, cuando menos, de la movilidad, señaladamente de la lengua. La *anestesia* ó parálisis de la sensibilidad llega de vez en cuando al grado sumo y casi inverosímil de intensión. — Orates que apenas han dado muestras de sentir la punzada y corte de la lanceta al pasarles un sedal, he visto varios; pero de uno puedo decir que se me quedó dormido mientras estaba ardiendo una moxa que le apliqué á la nuca; — y á otro, que adolecía de parálisis progresiva, sorprendí en el acto de comerse, ó, si la expresión parece hiperbólica, de mascar los tres últimos dedos de la mano derecha, que no sin algún esfuerzo saqué de entre las muelas, sangrientos y medio roídos los pulpejos. — Por más que propiamente no puedan incluirse en la serie de los fenómenos somáticos, merecen mencionarse también, por su extrañeza, los *hematomas* ó *tumores sanguíneos de las orejas*, que á la cara externa del pabellón del oído salen en el curso, generalmente crónico, de psicopatías muy graves; que alteran y, en cierto modo, corroen ó consumen la parte del cartílago á la cual parecen adheridos; cuya razon de efectualidad con la enajenación mental se ignora; y que de la incurabilidad de los orates que los padecen son signos infalibles.

De otra cualidad, que reside en el fondo del carácter genérico, y se modifica por los particulares de las formas específicas, con ser accidental, se ha sacado la distinción de la *locura lúcida*, que así es importante para el diagnóstico ó pronóstico, como para la Medicina legal y la administración pública, en lo que atañe á las relaciones recíprocas de la sociedad y los enajenados. Pacheco, en medio de no ser alienista sino jurisconsulto, está muy en lo cierto cuando dice: «aquellos

» desgraciados á quienes llamamos locos, no lo son, por  
» lo común, sino en uno ó en pocos puntos de la esfera  
» de sus ideas: hablan, piensan, racionan con juicio  
» y con lucidez sobre alguna ó sobre muchas cosas; y  
» sólo en lo que tiene relación con ciertos objetos, es en  
» lo que se enfurecen y desbarran\*.» Hay, en efecto,  
un estado psíquico en que con el delirio coincide el uso  
de la razón, con los desatinos alternan los aciertos.  
Los que en él se hallan son locos, locos confirmados,  
locos inquietos, perturbadores, á veces malos y dañi-  
nos; y, con todo esto, conocen, racionan y obran á  
menudo con entera cordura, como los reconocidos por  
cuerdos cuanto por locos ellos. Lo son, porque tienen  
alucinaciones, ideas delirantes, apetitos desordenados,  
aberraciones del sentimiento, menoscabo general ó  
falta de armonía de las facultades; y no lo parecen, por-  
que comunmente hablan en razón; eluden con sagaci-  
dad las respuestas que pueden revelar el secreto de su  
desvarío; observan todo lo que pasa en torno suyo;  
conciben tal vez un proyecto para llevar adelante sus  
deseos; acechan una coyuntura propicia para ponerlo  
por obra; trabajan, leen, discuten, rezan, juegan y  
hacen otras muchas cosas que de entendimientos sanos  
parecen privativas. Yo bien sé que la locura de estos  
individuos se descubre en sus acciones más que en sus  
palabras; que reside en el apartamiento de su vida ín-  
tima, — lugar que el orate, como el cuerdo, suele tener  
cerrado con llave de tercera vuelta, — y parece recatarse  
de salir á lo exterior de la comunicación social; que  
con su conducta engañarán fácilmente á quien no esté  
acostumbrado al trato de los locos, mas no siempre  
burlarán al frenópata, que aprendió á distinguir debajo  
de la capa de la discreción la bien ó mal arrebuja-  
da figura de un mentecato; pero nada de esto se opone á  
que los tales orates sean señalados entre los demás por

\* *El Código penal concordado y comentado*; 2.<sup>a</sup> edición, Ma-  
drid, 1856, tomo I, pág. 132.

la cualidad, por el aspecto que da á su fisonomía, si es lícito explicarlo en estos términos, no una mezcla imposible, no manifestaciones simultáneas de alienación y salud psíquica, sino alternativas de la una y de la otra, por más que se sucedan con tanta rapidez, que parezcan compenetrarse y confundirse. Así se ha de entender la expresión de locura lúcida.

A esta clase pertenecen bastantes lipemaniacos y maniacos, pocos dementes, y, aunque sea extraño, uno que otro imbécil; pero los monomaniacos, en general, son los locos lúcidos por excelencia: verdad que ve la teoría antes que la enseñe la práctica, y hecho que me importa dejar asentado para razonamientos ulteriores.

El asunto me lleva á tratar de los *intervalos lúcidos ó claros*, que intermiten el curso de no pocas locuras, y son suspensiones ó paradas, más ó menos efectivas, más ó menos duraderas, del delirio; los cuales se dividen en *perfectos é imperfectos ó cabales é incompletos*. El intervalo lúcido perfecto es el restablecimiento, la curación del enfermo, el recobro del uso de su razón, el reintegro en la posesión de sí mismo; pero transitorio, temporal, muy largo tal vez, mas, al fin, engañoso y falso en lo absoluto, porque no es en realidad restablecimiento el estado que, temprano ó tarde, termina ó se convierte en una nueva invasión de la dolencia, tan intensa y grave como la precedente. En rigor, no merece llamarse intervalo lúcido el imperfecto, sino remitencia del mal; puesto que es, como dice en sentido alegórico un famoso jurisconsulto, el crepúsculo que al día une con la noche, cuando el perfecto es el día claro que separa dos noches. Incompletos, los hay muchos; cabales, pocos: unos y otros son un mal pronóstico, pues no suelen ir sino con frenopatías incurables. La ley da al perfecto grande importancia, reputándolo fundamento excepcional de responsabilidad de los orates por actos criminales. Intervalos lúcidos se ven á menudo en la monomanía, casi

nunca en las alucinaciones é ilusiones ni en la demencia aguda, y jamás en la demencia confirmada ni en la idiotez, cualquiera que sea su especie. Vienen poco á poco, por remisión gradual de los síntomas, y muy rara vez repentinamente, como, sin embargo, en alguna aconteció al religioso monomaniaco citado; á quien entonces ví loco en la visita matutina, y hallé cuerdo en la de la tarde, anticipándose él mismo á declarármelo con la firmeza de una convicción sana, conociendo yo luego ser verdad, y durando largamente la mudanza del recluso.

Con las explicaciones de nomenclatura y doctrina contenidas en esta exposición á que ya pongo término, creo que serán para el lector no facultativo letra clara la de los vocables, y materia comprensible la de los razonamientos médico-psicológicos que tendré que hacer en lo sucesivo.

## CAPÍTULO IV.

## LA LOCURA DE DON QUIJOTE DIAGNOSTICADA POR EL SENTIDO COMÚN.

Tienen las facultades mentales tal correspondencia entre sí, y es tal la armonía de su mancomunada acción, que, casi siempre, apenas se alteran, cuando su desconformidad ó disonancia es advertida por el menos perspicaz; quien, sin ser alienista, ni haber leído tratado médico-psicológico alguno, luego á luego califica acertadamente de loca á la persona que ofrece semejante irregularidad; al modo que, sin ser profesor de música ni haber aprendido solfa, cualquiera que tenga mediano oído señala la voz ó el instrumento que desentona en un concierto. En el de la mente el vulgo percibe tan bien como el maestro la nota ó notas discordantes; y, cuando el facultativo llega al orate para quien es llamado, el diagnóstico de la dolencia, aunque general y vago, está ya hecho. Ni más ni menos que la belleza artística, la sanidad del entendimiento, belleza también, la mayor en lo humano, cae bajo la jurisdicción del sentido común; en términos, que mal para el cerebro que por trastornado lo juzgue el criterio de este sentido, como pobre de la pintura ó estatua que él desalabe ó tache de fea.

La idoneidad adquirida con el estudio, la experiencia y la meditación, por los antecedentes y circunstancias actuales de una locura, determina el carácter que la distingue, y predice los resultados que traerá, ciertos ó probables; y su voto es decisivo y su sentencia ejecutoria, ¿quién puede dudarle?; pero, por punto general, no viene sino á confirmar la que sobre el hecho anticipó el vulgo, con intuición de jurado, ya que

no con pericia de juez. Porque con sola su intuición la gente extraña á la Medicina abarca casi todos los pormenores del caso, por más que de la importancia de muchos no se dé cuenta; y de él suelen juzgar con tanto acierto las personas imperitas como las instruídas; cuyo dictamen no se diferencia del de aquéllas sino por estar fundado en datos mejor escogidos, y tener, bajo la forma de un lenguaje culto, aunque sencillo, cierta gravedad de expresión técnica y traza de verdadero diagnóstico.

Cuando Pedro Alonso, el labrador vecino de Don Quijote, le llevó á su casa después de haberle recogido en el campo, donde le encontró apaleado y tendido, estaba en ella el Ama diciendo toda alborotada al Cura: *¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez, de la desgracia de mi señor? Dos días há que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender (y así es ello la verdad como nació para morir) que estos malditos libros de caballerías, que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.* Aquí, como entre paréntesis, conviene hacer notar que soliloquios semejantes á los que mencionó la buena mujer, tenidos, por lo común, en voz baja, son un fenómeno muy frecuente de la locura, en especial de la alucinatoria. Antonia Quijana, la sobrina, dirigiendo la palabra al Barbero, corroboró el parecer del Ama con el relato de un hecho, por cuya significación, en materia de diagnóstico, resérvolo para otro capítulo, donde es absolutamente necesario; y puso fin á su referencia con una lamentación, en que indicó también la

causa ocasional de la desgracia del desaparecido tío; queja estéril, sin embargo, como las que harto á menudo hacen los allegados de los locos, por no haberles ido á la mano en sus primeros desatinos, cuando la mejor sazón fiaba la mayor eficacia del remedio: *mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes.* Entró, ó fué entrado, el Hidalgo en su casa pidiendo que le llevasen al lecho, y llamasen á la sabia Urganda, que curase y catase de sus heridas; á lo cual opuso el Ama: *¡Mirá, en hora mala, si me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa hurgada le sabremos aquí curar. ¡ Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced!* Y en estos términos, tan vulgares como precisos, quedó, en el recinto doméstico, asentado el diagnóstico y reconocida la etiología de la locura de Alonso Quijano; y, confirmados quedaron también ambos por el Cura, puesto que al momento, en juicio sumarísimo, fueron condenados al fuego, con beneplácito general, los libros, indudables autores del delito.

Fuera de su casa el Hidalgo, yendo á las deseadas aventuras, y no sólo en los lances propios, sino en los episodios más ajenos de ellas, jamás hubo quien, al verle y oírle, luego y casi sin discurrir, no conociera que izquierdeaba, por su continente y ademanes, ó por algún razonamiento, á pesar de ser quizás notable por la sensatez de muchas de sus ideas, y la apacibilidad con que lo decía. El ventero andaluz, el primero con quien trató Don Quijote, apenas hubo atravesado los umbrales de la andante caballería; hombre *que era un poco secarrón, y ya tenía algunos barruntos de la*

*falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oír las razones del pobre Hidalgo; y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor.*

¡Reír! otro toque feliz, por verdadero, de la invención de Cervantes. Con música de carcajadas se celebran á menudo los desatinos del loco; y sus posturas, sus alharacas, sus vociferaciones, sus ímpetus, ráfagas y bramidos de espantable tormenta, son, para los ignorantes y hasta para gente ilustrada que se estima por discreta, tan gustosos como las chocarrerías de un bobo de entremés, ó las arlequinadas de un payaso de volatines. Pues ¿no se ven diariamente acudir á los manicomios personas de todas clases como á un espectáculo? Para tal diversión hay todavía en el mundo muchos venteros. Y ¡reirse con los orates, siguiéndoles el humor, es poner leña al fuego de su delirio! ¡Oh! sí; que el loco empieza á volvérselo él, pero los demás, por semejante camino, le rematan. Es la locura un vaso en el que cada cual parece querer echar una gota para que rebose. ¡A cuántos cuerdos indiscretos y torpes, mostrándoles al orate abatido ya bajo la pesadumbre del mayor infortunio, no pudiera acriminarse diciéndoles acerbamente: *todos en él pusisteis vuestras manos!*

Al concepto diagnóstico de la dolencia del Andante, para que se vea si el ventero lo hizo con conocimiento de la situación excepcional en que ella colocaba al adolescente, juntó el de su irresponsabilidad por las demasías que cometiese, pues, cuando los arrieros estaban arremetiendo contra Don Quijote para vengar á los camaradas heridos, *daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase á todos.*

Los mercaderes toledanos se pararon al són de las razones de Don Quijote y á ver la extraña figura del que las decía; y, por ésta y por aquéllas, *luego echaron*

*de ver la locura de su dueño.*—El labrador citado, mientras llevaba al Caballero á su casa, íbase dando al diablo de oír tanta máquina de necedades como decía; *por donde conoció que su vecino estaba loco.*—Vivaldo y sus compañeros, apenas despegó los labios el Andante, *cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo,* aquél le tornó á preguntar; luego por otras razones que le oyeron, *acabaron de enterarse que era Don Quijote falto de juicio y del género de locura que le señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della;* y, en fin, tras el entretenido diálogo del Caballero y Vivaldo, todos los demás, *y aun hasta los mismos cabreros y pastores que iban al entierro de Grisóstomo, conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote.*—También Roque Guinart, al oírle explicar que la causa de su tristeza no era por haber caído en poder del bandolero, sino porque fué hallado desprevenido, apeado y sin lanza, *luego conoció que la confianza del Andante tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre.*

Nadie, sin embargo, aventajó á Sancho en hacer con firmeza y amplitud el diagnóstico. Ni era para menos su constante intimidad con el Hidalgo. Puesto en el apuro de ir en embajada á Dulcinea, por no haber podido dar él ni su amo con los palacios de esta señora en el Toboso, se apeó del jumento, y, sentándose al pie de un árbol, habló consigo mismo muchas cosas, todas bastantes para acreditarle de hombre despierto, y algunas de observador atento y certero, pues, casi como un perito en la materia, puso el dedo en ciertos síntomas capitales de la enfermedad del Andante. *Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más*

*mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «dime con quién andas, decirte he quién eres;» y el otro de:» «no con quién naces, sino con quién paces.» Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes..... y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos..... En el sabrosísimo coloquio que tuvo con el escudero del Caballero del Bosque, meciéndose en la esperanza de dar con un talego lleno de doblones, segunda parte del hallazgo de Sierra Morena, habló, aunque por incidencia, del mal de Don Quijote: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero; palabras estas últimas que, si bien se consideran, son el mayor extremo del encarecimiento, y hasta una ponderación hiperbólica. Ratificó más tarde, en presencia de la Duquesa, estos juicios, con la categórica distinción de fenómenos psíquicos constitutiva de la enfermedad en su forma específica; por manera que si, como dió entonces su parecer, lo diese ahora, con sólo introducir en él la palabra *monomanía*, ponerse hueco, enarcar las cejas y acariciarse las barbas, habría pasado plaza de entendido en achaque de padecimientos mentales: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato. Sin embargo, con razón se calificó antes á sí mismo de más mentecato que su amo, pues, ¿quién pensara que, olvidándose de estos juicios tan acertados, diría lo que dijo después de oír el razonamiento,*

si en el principio dechado de la mayor discreción, en el fin disparate de la mayor locura, con que el Caballero se comprometió á defender, en una especie de paso honroso, la hermosura de las zagalas de la fingida Arcadia? *¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco! Digan vuestas mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?*

Justo es decir que este segundo argumento sincera á Sancho de la inconstancia de su juicio, y habla muy alto en pro de la nobleza de su pecho, porque muestra cómo le cautivó la de Don Quijote, que con empeñarse en un acto de gran denuedo y gallardía para él, aunque á la verdad temerario y extravagante, hizo lo más honrado y bueno que inspirarle podía entonces la generosidad estimulada por la gratitud. Con todo eso, la impresión que en el criado produjo el razonamiento de su señor fué pasajera, como muchas que se reciben en el trato con los alienados, y que casi disuaden de tenerlos por tales; pues á los pocos días diciéndole Tosilos: *Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco*, replicóle él resueltamente: *¿Cómo, debe! no debe nada á nadie; que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura.*

Nó; no se le adelantaron en el diagnóstico personas que en talento, perspicacia y doctrina podían darle cien vueltas, y muchas más; cuyos dictámenes, á pesar de todo, apenas se distinguieron del suyo sino por la claridad de la exposición, la propiedad del lenguaje, la concisión del estilo y el artificio de la forma. A Cardenio dijo el Cura: *Pues otra cosa hay en ello; que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocan-tes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre*

*con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.*— El Canónigo de Toledo, sabido que hubo por el Cura la enfermedad del Caballero, y oído su diálogo con Sancho, *mirábalo y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos..... en tratándose de caballerías.* — El que por más tiempo estuvo dudoso en ello fué don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán, hombre tan despejado como bueno y simpático, no cabiéndole en la cabeza que hubiese quién se imaginase ser verdaderas las historias caballerescas; aunque de la creencia que les daba Don Quijote *tomó barruntos.... de que.... debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras (razones) lo confirmase.* Túvolas pronto sobradas para más vacilar y confundirse, pues, á poco de haber oído el bello discurso del Andante sobre la poesía, vió la temeridad inaudita y desatino superlativo de su reto á los leones; y, no sabiendo cómo atar cabos tan desiguales, estaba callado, *todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No había aún llegado á su noticia la primera parte de su historia; que si la hubiera leído, cesara la admiración en que le ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero, como no la sabía, ya le tenía por cuerdo, ya por loco; porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto.* Todo este pasaje del de Miranda está desarrollado con mucho conocimiento del asunto, porque es una descripción puntual de la duda entre el sí y el no de la existencia de una monomanía en ciertas cuestiones prácticas, mayormente en las médico-jurídicas; de las dificultades con que tienen que

luchar los frenópatas encargados de resolverlas; de la reserva que antes del esclarecimiento del hecho se imponen; de la asiduidad con que menudean las observaciones y exámenes; y del tacto con que los efectúan hasta llegar á la averiguación del caso y al establecimiento del diagnóstico; puesto que, por lo común, es más arduo el de dicha vesania que el de ninguna otra. Preguntóle después á don Diego su hijo, don Lorenzo: *¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. A lo que respondió el padre: No sé lo que te diga, hijo; y sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe; y, pues eres discreto, juzga de su discreción ó tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.* Indeciso también estuvo por el pronto don Lorenzo, pues á las primeras palabras que le dirigió el Caballero sobre el cultivo de la poesía, dijo entre sí: *hasta ahora no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante; mas, ya que le oyó afirmar la verdad de que hubo caballeros andantes; querer sacarle á él del error que, con los muchos, tenía de que jamás existieron; y rogar al cielo le diese á entender cuán provechosos y necesarios fueron al mundo en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el suyo, si se usaran; dijo, primero también entre sí: Escapado se nos ha nuestro huésped; pero, con todo eso, él es loco bizarro, y yo sería mentecato no flojo si así no lo creyese; é inmediatamente á su padre: No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entremetido loco, lleno de lúcidos intervalos. Vivo y gracioso encarecimiento, en su primer extremo, porque, á la verdad, nadie como un escribano para descifrar borra-*

dores de letra procesada; ni borrador con más tachas y apostillas que los de, á su manera, pedimentos, probanzas, alegatos y sentencias de algunos orates en causas propias.

Así el sentido común falló la de Don Quijote en todas las vistas.

Mas como, á pesar de apellidarse común, son muchos los que no le tienen, acaece tal vez que los disparates de un loco suspenden á gentes de poco cacumen, que pasan fácilmente del asombro al asenso, y acaban por irse tras los extravíos del insensato, reputándole por un entendimiento dotado del singular privilegio de conocer lo impenetrable á los demás mortales, ó inaccesible á su alcance; y, por natural consecuencia, la oposición que levantan las pretensiones del orate, el rigor con que acaso se reprimen sus desmanes, y las desgracias que le acarrean, toman las tales gentes por asechanzas y tiros de la envidia ó malevolencia que en almas vulgares y rastreras pocas veces dejan de excitar ajenas cualidades extraordinarias ó una superioridad notoria é indisputable. Esto, que parece inverosímil, no es sino muy verdadero; y yo podría probarlo con algún ejemplo, en particular con el de un loco que estuvo en mi Manicomio, y se había ganado muchos prosélitos, entre personas incautas, en una cuasi secta por él instituida, y más ó menos clandestinamente instalada: abuso que habría tenido pronto consecuencias gravísimas y sin duda irreparables, de no haberlo cortado á tiempo la autoridad; pero sobre el cual no quiero extenderme, porque daría pie para murmuraciones escandalosas. Por casos como éste dice el adagio, que un loco hace ciento.

Pues bien, doña Rodríguez de Grijalba, la reverenda dueña de la Duquesa, que, á las primeras simplicidades de Sancho, no pudo menos de exclamar: *si tan discreto es el amo como el mozo, medradas estamos!*; que oyó las lindezas que el escudero, mañosamente solicitado,

dijo de su señor; que fué testigo de los desatinos de éste en las farsas y burlas en que, dándole por su flaco, le metieron los Duques para divertirse; con todo esto, con saber que todo era pura comedia, en la cual ella misma hacía uno de los últimos papeles; y con haber visto y tocado que Don Quijote estaba falto de juicio, acudió á él, como á caballero andante de veras, entrando, á deshora y por sorpresa, en su aposento, de donde salió donosamente zapateada; y, sin que ni en posaderas propias hubiese escarmentado, volvió después á acudir, delante de sus señores; en formal súplica de que deshiciese el tuerto que un rústico indómito había hecho á su hija, esto es, que le obligase á cumplir la palabra que dió de casarse con ella: paso de que se admiraron cuantos conocían á la mal aconsejada mujer, y más los Duques, *que, puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras.*

En la historia de la de Don Quijote este suceso—sobre el cual nadie, que yo recuerde ahora, ha parado especialmente la consideración—con ser un mero episodio, un hecho sin importancia para el diagnóstico; un rasgo que no haría falta en la pintura de la enfermedad; un dato apenas indirecto; acredita más que otros directos cuán bien conocía Cervantes el corazón humano y sus inexplicables deficiencias, y cómo á la perspicacia del eximio ingenio no se ocultaba el extraño ascendiente que sobre ciertos cuerdos llegan á adquirir acaso algunos locos, por razón de su delirio: hecho raro en extremo, del que, por lo mismo, no parece que pueda tener noticia quien no haya tratado con muchos, ni sido testigo de los engaños, yerros y conflictos á que, en las múltiples contingencias del comercio social, dan origen á veces las extravagancias y despropósitos de aquellos infelices.

Sancho es un acabado modelo de tales incautos. Tiene á Don Quijote por caballero andante hecho y dere-

cho; síguele con codicia y esperanza de granjear el gobierno de una ínsula; jáctase de no faltarle caletre para desempeñarlo como un gerifalte; llega á convenirse de que se le han dado; juzga que á su mujer caerá mejor condesa que reina; á su hija quiere casar tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría; en resolución, vive haciendo cuentas alegres en un mundo fabricado por el delirio de su amo, y de la realidad de este mundo no duda jamás, aunque de la sensatez y cordura de su amo llega á dudar algunas veces.

Y este modelo no es sólo de entonces, sino de antes, de después y de todos los tiempos. En los nuestros ¡cuántos Sanchos no echan por esos trigos soñando prometidas ínsulas, encumbramientos y riquezas, que no existen sino en la fantasía de un loco ó en la malicia de un embaidor, á quien los bobalicones sirven y ayudan, sin parar mientes en que, á tuertas ó á derechas, para su amo son siempre las caballerías y ganancias, y para ellos las fatigas y porrazos! Esto, sin hablar de otros Sanchos que hipan tras gobiernos, y, puestos en ellos, no llegarían quizá con mucho al Sancho gobernador de la historia, puesto que acaso tampoco valen ni por asomo lo que el Sancho escudero.

---

## CAPÍTULO V.

DIAGNÓSTICO DE LA LOCURA DE DON QUIJOTE POR SUS  
SÍNTOMAS ELEMENTALES.

La locura de Don Quijote era una *monomanía de engrandecimiento*, caracterizada por un concepto delirante fijo, primario, fundamental ó constitutivo, y otros secundarios, ya fijos, ya fugaces; por ilusiones de la vista, una del tacto y otra del olfato, y alucinaciones del oído, aquéllas y éstas accidentales; y por una lesión constante de la sensibilidad afectiva en forma de erotomanía. Su modo fué siempre la exaltación del entendimiento, que en ciertas ocasiones provocó hiperbulia. Aunque esencialmente lúcida esta psicopatía, no tuvo en todo su curso un intervalo lúcido, sino dos remisiones, en los espacios de tiempo que el enfermo estuvo quieto en casa, después de sus salidas primera y segunda. Nunca en su mal hubo abulia ni depresión de la inteligencia, incompatibles entrambas con él; ni impulsos insólitos, pues no lo fueron los ímpetus y arremetidas del orate, sino actos determinados por deliberación reflexiva, aunque vesánica, y más ó menos pausada. Tampoco ofreció su frenopatía ningún síntoma somático. Y, puesto que las ideas delirantes predominaban sobre los fenómenos de la sensibilidad externa, y entre aquéllas, había tres, y señaladamente dos, fijas, y estos últimos fueron todos fugaces ó pasajeros, la monomanía de Don Quijote ha de diagnosticarse de *intelectual*; pero, atento á que de dichas dos ideas fijas la una, aunque secundaria, se confundía y casi identificaba con la primaria, y dió origen á un de-

lirio erotomaniaco, en rigor se ha de calificar también de *afectiva* la vesania.

Su concepto delirante fundamental fué el imaginarse Quijano convertido en caballero andante, sujeto á todas las obligaciones y adornado de todas las prerrogativas á la profesión de tal anejas. De esta idea falsa fueron sucesivamente derivándose las demás.— La media celada que el Hidalgo hizo de cartones con barras de hierro por de dentro, la diputó y tuvo por *celada finísima de encaje*;—parecióle que con su rocín, que tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, *no se igualaban ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid*, de suerte que al ventero andaluz dijo que *era la mejor pieza que comía pan en el mundo*;— la señora vizcaína que iba en un coche á Sevilla, y los dos frailes de la orden de San Benito, que cerca, aunque no en su compañía, cabalgaban, fueron para él *una princesa y dos encantadores, gente endiablada y descomunal*, que la llevaban hurtada;— de la hija del ventero, Juan Palomeque el Zurdo, figurándose que lo era del señor del castillo, ya que en castillo su delirio hubo transformado la venta, creyó que, *vencida de su gentileza, se había enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza*;—la litera en que era conducido el cuerpo muerto, y los sacerdotes que lo acompañaban, tomó por andas en que yacía un mal ferido ó muerto caballero, y á los otros también por caballeros que habían hecho, ó á quienes se había hecho algún desaguisado;— el agujero del pajar por el cual le llamó la misma hija del ventero, *á él le pareció ventana* (como de rico castillo), *y aun con rejas doradas*.— En suma, para citar todos los conceptos delirantes de Don Quijote, habría que leer hoja á hoja su historia, porque *tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros*

*de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes.*

Dichos conceptos fueron fugaces, pues se originaron de los acaecimientos, y con ellos desaparecieron.

Dos, sin embargo, tuvo, aunque secundarios, tan fijos como el fundamental: el amor á Dulcinea y las promesas á Sancho.

A éste decía *que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della; y apenas habían salido los dos á campaña, cuando añadió que fué costumbre de los caballeros andantes antiguos hacer á sus escuderos gobernadores de las ínsulas ó reinos que ganaban, aunque eso después de largo tiempo que los tenían á su servicio; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.* Ya se sabe cuántas veces le repitió semejantes ofrecimientos.

Al amor del Caballero, con ser un sujeto casi tan principal como la idea constitutiva de su vesania, he reservado el último lugar, entre los de su orden, porque hay que considerarlo en tres aspectos distintos; á saber, de concepto delirante; de materia de la erotomanía; y de objeto sobre el cual, á veces más que sobre otros, se explayó y subió de punto la jactancia monomaniaca.

Ahora sólo me toca hablar del primero. Abundan los textos con que puede probarse que el amor á Dulcinea y la misma Dulcinea fueron puras ideas delirantes. La de hacerse caballero y la de enamorarse asaltaron á una la mente de Don Quijote, y en ella

coexistieron constantemente, con íntima conexión, ó, mejor, con tanta dependencia de la primera la segunda, cuanta es la subordinación del complemento á la cosa que de él, sin embargo, recibe perfección ó colmo.—Soltó Vivaldo la especie de que no todos los caballeros eran enamorados; mas recogióla prestamente el Hidalgo replicando: *eso no puede ser; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.*—Si alguna duda dejare este pasaje, la desvanecerán del todo otros dos, por los cuales se ve claro que el amor de Don Quijote era exclusivamente subjetivo. En Sierra Morena, á punto de despedir á Sancho con la carta de amores, y tratando en lo de su traslado, le dijo: *y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que há que la quiero más que á la lumbre destes ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba.* Y, sin embargo, para que se entienda á cuánto se extendía su delirio, recuérdese que, al explicarle Sancho el mentido resultado de la mandadería con que pareció haber ido de Sierra Morena al Toboso, dijo que, al llegar á Dulcinea, no sintió el olor sa-beo ni la fragancia aromática que presumía su amo, sino un olorcillo algo hombruno; á lo que instantáneamente